templaciones del Idiota, que traducimos del latín, y preces sacadas de los dichos de los Padres y célebres Doctores, sin haber un solo título que no les pertenezca.

Armamos del mismo modo unas Letanías, pues aunque en el culto público se prohiben, en todos los Devocionarios aprobados y autorizados siguen presentándose muchas á la devoción privada de los fieles.

Terminamos con el Mes de María de la misma advocación, compuesto por el presbítero D. Luis Manrique, en cuyos ejemplos hemos suprimido ó modificado varios pasajes que la delicadeza de nuestros días apenas podría tolerar.

La devoción á nuestra Santísima Madre de la Luz no es esclusiva de la diócesis de León, de la que es patrona, y cuya prodigiosa imagen original decora su iglesia catedral. En México, Guadalajara, San Luis de Potosí y otros obispados es muy conocida y venerada.

Todo sea para la mayor gloria de Dios en el culto de su Purísima Madre.

Irapuato, fiesta de San Pedro y San Pablo, 1896.

GABINO CHÁVEZ.

Noticia de la portentosa imagen

DE NUESTRA

MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

(Del P. Rincón, S. J.)

I.

EN la obra titulada *La devoción de María, Madre Santísima de la Luz*, escrita en italiano por un sacerdote de la Compañía de Jesús, y vertida al castellano por el P. Lucas Rincón, de la misma Compañía, al cap. I de la parte primera, párrafos 2.° y 3.°, se lee lo siguiente: «Es fama constante que, deseando un religioso sacerdote[1] consagrar su vida al bien público, empleándola en las santas misiones, y sabiendo ser voluntad del Altísimo que todo bien se derive en nosotros de su gran Madre, según lo asegura San Bernardo: *Omnia nos Deus habere voluit*

[1] El P. Juan Antonio Genovesi, de la Compañía de Jesús, celoso misionero, muerto en olor de santidad, el año de 1748, en Mesina de Sicilia.

per Mariam; de modo que todo celestial don, así de naturaleza como de gracia, se nos deba comunicar por el canal de la beneficencia de María, escogió á la Soberana Reina del cielo por conductora y protectora en sus fatigas apostólicas, para que éstas fueran no menos para sí meritorias, que provechosas para el prójimo. Para empeñar más á la Virgen en favorecer sus designios, tuvo pensamiento de llevar consigo, como escolta y compañera inseparable, una imagen en lienzo de la celestial Señora, á fin de que de ella se esperase, á ella se pidiese, de ella se reconociese el fruto de la conversión de los pecadores, que es el único blanco de estas correrías evangélicas. Mas porque las prerrogativas de la Reina del cielo son infinitas, y todas grandes, no sabía resolver por sí mismo en qué forma y postura se debiese idear la sagrada imagen, ni con qué advocación debiese parecer en público. Gastando algún tiempo en esta perplejidad, determinó, por último, explorar la voluntad de la Virgen y, si le fuese posible, saber de ella misma su beneplácito, para ponerla después á la veneración de los pueblos con aquella figura y título que le fuese más agradable.

« Recurrió para esto á la oración de una persona muy devota, de virtud experimentada, y á quien la Virgen no raras veces hacía digna de su celestial presencia, entre-

teniéndola consigo en largos y familiares coloquios; y declarándole su deseo y la perplejidad de su ánimo, pasó á rogarle que supiese de la misma boca de la Madre de Dios cuál fuese su beneplácito. Una mañana, pues, mientras la gran sierva de Dios, después de recibido el Pan de los ángeles, estaba retirada en un rincón de la iglesia, atenta, como acostumbraba, á dar gracias con devoción, arrebatada en Dios, vió venir para sí á la Reina de los ángeles, pero en aspecto fuera de lo común, tan graciosa y amable, que parecía vencerse á sí misma; y tan nueva se le hizo á aquella alma la extraordinaria pompa de belleza, de cortejo y de gloria, en que antes nunca la había visto, que quedó altamente sorprendida. Derramaba del celestial semblante un torrente de luz tan viva, tan copiosa, que, en su comparación, parecía el sol una luciérnaga. La iglesia en que apareció estaba entonces tan circundada de excesivos resplandores, que no acertaba á concebir cómo pudiese ser mayor la luz del eterno día allá en el cielo. Pero los rayos de aquel grande abismo de luz no se estancaban en sus ojos, sino que penetraban como reverberados al corazón, donde, mudados en llamas de ardentísima caridad, lo liquidaban en un néctar de dulcísimo júbilo, tanto, que ella, como náufraga en un mar de contento, no cesaba de contem-

plar aquel rostro, en que aparecían compendiadas todas las bellezas del Paraíso. Una tropa de serafines que la cercaban al vuelo mantenían sobre la cabeza de su Emperatriz una como triplicada imperial diadema. Engalanaban el cuerpo virginal un vestido talar, más lucido que el sol y más blanco que la nieve. Una faja granizada de piedras, las más preciosas del tesoro de las estrellas, le ceñía con hermosura el talle, y de los hombros garbosamente pendía un manto azul, y un escuadrón inmenso de ángeles, en ademán de cortesanos, asistía en hábito de pompísima gala en torno de su Reina. Sobre todo, robaba los ojos y el corazón de aquella alma contemplativa la extraordinaria afabilidad, gracia y benignidad que respiraba el augusto semblante de María Virgen, quien parecía hacer gala en aquel día de mostrarse más que nunca amable, risueña, afable, toda agrado y toda amor. Aumentaba el pasmo el ver á la gran Madre, no sola como otras veces, sino cargando en el brazo siniestro á su divino Hijo, en forma de niño, y Él también con aspecto alegre y risueño.

« Atónita, y como fuera de sí, á tan nueva y extraña visión aquella alma dichosa, principalmente viéndose favorecida más de lo ordinario, porque no solía la Virgen, cuando le aparecía, traer consigo á su celestial prenda en figura de niño, pendiente

de su cuello; no pudiendo más contener sus extáticas admiraciones : « ¿Cómo, dijo, prorrumpiendo en dulcísimas « lágrimas, á mí, indignísima criatura, « tan singulares y sublimes gracias? Y « ¿por qué, ¡oh soberana Señora!, me « honráis con vuestra presencia en apa- « rato tan extraordinario de belleza, de « afabilidad, de esplendores? Y ¿por qué « añadís al placer de dejarme registrar « vuestro celestial semblante, el júbilo « mayor y más vivo de mostrarme á vues- « tro divino Hijo, que resplandece en « vuestro seno, y con excesiva dignación « me convida á esperar de Él y de Vos « algún favor insigne?» «¡Cómo!, replicó « la Virgen, ¿no te acuerdas de la instan- « cia que debes hacerme de parte de aquel « religioso que con tanto empeño te lo « rogó? Pláceme el atenderlo, y por eso he « venido aquí con tanta abundancia de « clemencia y de luz, para consolarlo, « anticipándome, benigna, á su deseo. Dile « que me agrada su obsequioso pensa- « miento, que admito bajo mi protección « su apostólico ministerio, y que quiero ser « retratada en lienzo como ahora me ves. « Observa bien mi porte, mírame atenta- « mente. » Y al decir esto, inclinándose un tanto, se dejó ver en acción de sacar con su diestra un alma pecadora de la horrenda garganta del infierno, y de tenerla por la

mano estrechamente suspensa, porque no tornara á precipitarse[1].

« Clavó en ella su atenta vista aquella devota persona, y se le estamparon en la imaginación sus facciones y su porte con tal viveza, que podría sin duda decirse que fué la primera copia que se formó aquella que estampó la Virgen en la fantasía de su sierva, á fin de que pudiese con más puntualidad instruir al pintor y ministrarle la idea del retrato que debía trasladar á la tela. En esto, se acordó aquella alma piadosa que la primera idea del religioso había sido que se representasen en la pintura los corazones de los pecadores en acto de ofrecerse en algún modo á la Virgen, para denotar que de ella se debía esperar y atribuirse su conversión, y por esto suplicó humilde á la Virgen que se dignase de declararle en esto también su beneplácito adorable. Respondió entonces la Señora : « Yo apruebo el designio, y aun quiero que « veas con tus propios ojos de qué modo « se debe ejecutar el pensamiento. » Y he aquí que se pone de rodillas ante la Virgen un ángel que, teniendo en las manos un cestillo lleno de corazones, se los presentó por el lado izquierdo, donde el divino

[1] La Virgen María no saca á nadie del infierno, pero detiene al alma para que no caiga en él, y eso simboliza el pecador detenido por su mano.

Niño, que estaba en brazos de su Madre, uno por uno los toma, y no menos con la vista que con el tacto, los acalora y los enciende en su amor. « Anda ahora, repitió « aquí la Virgen; y cual yo me he dejado « ver de ti, tal, ni más ni menos, quiero « ser retratada, y con tal divisa invocada « con el nombre de Madre Santísima de la « Luz »[1]. Lo que tan estrechamente inculcó, que tres veces repitió el mandato, diciéndole que quería ser intitulada la Madre Santísima de la Luz, y añadió que cuidase bien no se le olvidara. Continuó después á decirle que las gracias singularísimas con que á menudo manifestaría su celestial protección serían la más segura contraseña que diese fe de su voluntad y agrado. Todo se vió después fielmente cumplido, pues los favores que repartió la Virgen por medio de esta su sagrada imagen fueron en nuestros tiempos, y son todavía tales y tantos, que no bastarían mil volúmenes á recogerlos todos.

« Recibidos de la sierva de Dios los oráculos de la Virgen, llevó al punto la noticia al religioso que se la tenía encargada. Éste, oyendo con humilde ternura y gusto el beneplácito de la Madre de Dios, no dilató un momento la ejecución, y, lla-

[1] No Virgen de la Luz, ni de las Luces, nombres que no expresan la idea de la maternidad divina.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria

mando á un pintor, antes de conducirlo á la persona que tenía impreso en su ánimo el original, le informó plenamente acerca del modo, idea, facciones, postura, vestido y circunstancias todas de la imagen que debía colorirse en un cuadro. Mas porque ni la devota mujer, tanto por el vergonzoso retiro que á su sexo y estado convenía, como porque las urgencias domésticas la llamaban á otra parte, ni el religioso, ocupado de sus superiores en otros empleos, pudieron asistir al trabajo del pintor, la copia no salió según el deseo, ni según el diseño que había dado la Virgen. Porque, ó fuese traza del enemigo, retado á impedir la empresa de que temía sus mayores daños, ó fuese voluntad de la Virgen, que quería acreditar con nuevas prendas de su gusto la conducta de aquella obra, en tres cosas salió la pintura poco conforme á la idea que se había concebido. La primera, que se veía pintada á los pies una media luna, circunstancia que no había indicado la Virgen. La segunda, que no se miraba delineado aquel gran cortejo de angélicas jerarquías de que la Virgen se había servido en el coloquio ya referido con la piadosa mujer. La tercera, que, habiéndose dejado ver la Virgen vestida de blanco, el pintor la había cubierto de color rojo. Parecían estos errores bien tolerables y de poco momento; sin embargo, no quedó el

religioso del todo satisfecho de la pintura, y, lo que más importa, mucho menos se agradó la Virgen, ni dejó de dar una señal bien clara del empeño con que quería la imagen del todo semejante al original mostrado en la referida visión.

« Hallábase á este tiempo la amada confidente de la Virgen María no poco distante de Palermo, y tan embarazada de insuperables circunstancias para no volver allá, que parecía humanamente imposible poderse apartar del lugar de su residencia. Cuando he aquí que la Reina del cielo de nuevo se aparece á su favorecida, y después de inundarle de júbilo el corazón : « Y « bien, le dice, ¿qué haces aquí, perezosa, « en tiempo que yo necesito de ti en Pa- « lermo [1] para un negocio importante á mi « gloria? » « ¿Yo, respondió suspensa y « atónita á tan no esperada reprensión la « humilde sierva del Señor; yo, que soy vi- « lísima criatura y vuestra inútil esclava, « ¿cómo podré jamás ser instrumento de « vuestra gloria? ¿Vos, á quien sirven de « apuesta los espíritus más excelsos del « Paraíso, hacéis caudal de mí, gusano « vilísimo de la tierra, en un negocio en « que va empeñado vuestro honor? Y, « pues, ¿quién mejor que vos puede saber

[1] Palermo de Sicilia, en el reino de Nápoles; allí pasaron los sucesos, y allí se pintó la imagen.

« los vínculos indisolubles que me tienen « como ligada, inmoble é incapaz de dar « un paso para partirme á otro cualquier « lugar? » « No importa, replicó la gran « Madre de Dios, no importa. De ti me he « querido valer para llevar á cabo un in- « tento mío, de que me resultará mucha « gloria; y por esto te quiero de cualquier « modo en Palermo, á donde de aquí á « poco te encaminarás sin detención. Será « empeño de la Providencia del cielo dis- « ponerlo de modo que ó cesen por sí los « estorbos, ó cedan á mayor aprieto. » Dicho esto, desapareció. No tardó mucho en cumplirse el oráculo de la Virgen. La piadosa mujer fué de improviso asaltada de un peligrosísimo mal de pecho, que, junto con la respiración, le embargaba poco menos que del todo la voz, y para que mejor se conociera que aquel accidente no era efecto de causa natural, sucedía que, razonando con su director, le volvía la voz tan entera, que no parecía haber padecido algún mal. No hubo medicamento que no se le aplicase, ni remedio que le diese el menor alivio. Llamados, en fin, á junta á los médicos, nada noticiosos de los arcanos del cielo, parecieron guiados de Dios á pronunciar de común acuerdo que el único medio de salud que á la enferma le quedaba era trasladarla á Palermo, donde con el beneficio de aires más templados y

más saludables podía esperarse mucho su alivio.

« Ella, pues, se hizo llevar con presteza á Palermo, donde, apenas llegada, quedó mayormente persuadida que su enfermedad había sido un ardid de mano superior, que quería dar cumplimiento á los designios y órdenes de la Virgen. Porque, apenas puso el pie en aquella capital, cuando, sin aplicar remedio alguno, conseguido ya el fin de la venida, cesó el medio del penoso accidente, y ella se halló de repente libre de todo mal.

« No por eso alcanzaba que el importante negocio para que la Virgen con tan prodigiosa conducta la había querido en Palermo era el de su santa imagen. Sin embargo, fué con cuidado á verla, y á la primera vista que le dió : « ¡ Ay, que no es « esa, exclamó, no es esa la forma de que « se agrada la Virgen ! No es esta la figura « en que de mí se dejó ver. » « Así es pre- « ciso decir que sea, replicó el religioso allí « presente; porque lo que ahora os dicen á « vos los ojos, á mí me lo decía mucho « tiempo ha mi corazón, que no ha sabido « hasta ahora darse por satisfecho de esta « imagen. » De allí, vuelto á la piadosa mujer : « Renovad, pues, le dijo, vuestra « petición á la Virgen, y preguntadle si le « agrada que se haga nuevo retrato ó que « se enmiende el que ya está hecho. »

Ejecutó ella prontamente el consejo, y oró vivamente á la gran Señora; ni ésta tardó mucho en oirla, como que nada deseaba tanto como conseguir el fin, porque con claros indicios de su agrado había traído á su sierva á Palermo. Por tanto, le apareció una mañana después de la santa comunión, bella y alegre más de lo que solía. Postrada á sus pies la humilde sierva de Dios: « Señora, le dijo, vuestra esclava, que vino, « al parecer, para curarse en Palermo, en « realidad para obedecer vuestras insinua- « ciones, halla que vuestra sagrada imagen « no ha salido como Vos me lo habíais or- « denado. No menos yo que el religioso « por quien os supliqué, estamos afligidísi- « mos y no sabemos qué hacer. Ea, expli- « cadnos vuestra voluntad soberana, ¡oh « Reina del cielo!, y favorecednos con « vuestros oráculos para que sepamos si os « agrada que vuestra imagen se pinte de « nuevo, de aquella misma manera que os « dignasteis de significarme desde el prin- « cipio. » Respondió al punto la Virgen con ademán entre severo y amable: « Que « se admiraba cómo después de tantas « pruebas de su beneplácito sumo se ponía « en duda cuál fuese su voluntad, por lo « cual volviese al religioso y le dijese de su « parte que la Virgen no sólo gusta, sino « que expresamente manda que de nuevo « se pongan manos á la obra y se le haga

« otro retrato que del todo se le asemeje « según el primer diseño. Y tú sabes, hija « mía, añadió, que éste, y no otro, es el « negocio de mi gloria y honor para que te « dije que te había menester en Palermo. »

« Todo lo refirió ella al religioso, y éste, asegurado ya del oráculo de la Virgen para que el segundo retrato saliese á todo esmero perfecto, persuadió á la piadosa mujer que de nuevo suplicase humildemente á la Virgen que á su grande dignación añadiese todavía el favor de hallarse presente á la segunda pintura. Después de largas y fervorosas súplicas fué al fin bien despachada. Era costumbre de la Virgen, cuantas veces quería hacer digna de su presencia á su devota sierva, darle desde la tarde antecedente, por medio del ángel de su guarda, la noticia de su celestial visita. Una tarde, pues, he aquí que se le pone delante el bienaventurado espíritu para avisarle que la mañana siguiente, después que ella hubiese comulgado, quería la Virgen hablarle del negocio tocante á su sagrada imagen. La mañana siguiente, á la hora puntual que aplazó el ángel, se le dió á ver la amable Señora, y después de haberle declarado el gusto singularísimo que había recibido de que la pintaran al tenor del primer diseño y que la honraran con especial culto, bajo la divisa de Madre de la Luz, « Vé ahora, le añadió, al pintor,

« que actualmente está trabajando; allí me « encontrarás, pero sola tú me verás; y « entre tanto que tú, teniéndome delante « de los ojos, amaestrares con la voz al « pintor, yo guiaré invisiblemente el pincel, « de modo que, acabada después la obra, « conozcan todos, por su belleza sobre- « humana, qué mente y arte superior con- « dujo los colores y dispuso la idea del « bosquejo. » Obedeció ella con puntualidad, y llegada á la casa del pintor, lo halló aplicado á la obra. Mas ¿quién podrá declarar el júbilo de la piadosa mujer cuando, alzando los ojos, vió afrontada á la Virgen, en aquel traje, porte y semblante mismo en que desde el principio había significado querer la pintaran?

« Con la asistencia, pues, tanto de la devota mujer, que con su lengua dirigía la mano, como de la Virgen, que con oculto influjo gobernaba la fantasía del pintor, vino, por último, á luz la sagrada imagen, dotada de aquella majestad y belleza de rostro más que humana con que ahora roba los ojos de cuantos la miran [1]. Cierto es que en el aspecto del prodigioso retrato resplandece un aire de paraíso, tan grave, tan amable, tan penetrante, que hasta ahora no ha sido posible formar una copia que se le parezca. Se han arriesgado á la empresa

[1] Parece que esto pasaba en el año 1722.

los más eminentes pinceles, y con gran ventaja más acreditados y más excelentes que el de su primer autor. Pudieron vencer el primer ejemplar en el dibujo, en el arte, en el concierto, hermosura y suavidad de colores; mas, por último, siempre se han confesado vencidos de la celestial belleza y gracia inimitable del rostro y partes todas de esta obra más divina que humana. El artífice mismo que de su mano la formó, probando muchas veces á colorir otra semejante, siempre se ha reconocido inferior á sí mismo, ó, por mejor decir, á la inteligencia superior que reguló su mano y á quien debe atribuirse la gloria de tan primorosa labor; porque, por más que se haya esforzado á delinear otra tal, no le ha sido jamás posible llegar á copiarla con aquella jovial, devota y majestuosa afabilidad que enamora la vista y juntamente enternece y compunge los corazones más duros de una ciega y obstinada malicia. Acabado que fué el retrato, le agradó tan del todo á la Virgen, que, en presencia de su amada sierva, después que la miró con aspecto gracioso y risueño, alzó la diestra y con la señal de la cruz lo bendijo. Con esta acción creo yo que se dignó de comunicar á aquel su amado retrato la virtud de los continuos y estruendosos milagros con que después ha querido autenticar la parcialidad especial con que reconoce por

obra suya, y obra favorecida, á aquella pintura, confiriéndole sus veces y la investidura de su celestial beneficencia bajo el hermoso título de Madre Santísima de la Luz. »

II.

Esta imagen, venida de Sicilia, la donó el P. José María Genovesi á la ciudad de León, para la iglesia que se había de fabricar en un colegio de la Compañía de Jesús. Llegó á dicha población el 2 de Julio de 1732, y se le comenzó á fabricar un templo llamado « La Compañía », que es hoy la catedral de León, terminada por su primer Obispo, de santa memoria, y reparado por el Obispo y cabildo actual. Jurada Patrona el año de 1849, bajo su título se fundó una archicofradía, un seminario que dirigieron los PP. Paulinos hasta 1857, y varias asociaciones de caridad. Los Sumos Pontífices han otorgado gracias é indulgencias, y se han dado pasos en Roma para promover su coronación.

ÚTIL DEVOCIÓN

PARA

IMPLORAR DIARIAMENTE EL PATROCINIO

DE NUESTRA

Madre Santísima de la luz

ORACIÓN

¡OH dulcísima María, Madre Santísima de la Luz y esperanza mía! Yo, desde ahora para todos los días é instantes de mi vida y para la hora de mi muerte, te ofrezco mis potencias y sentidos, con toda mi alma, mi cuerpo, cuanto he tenido, tengo y tendré : guárdame, Madre mía, como cosa tuya; no permitas que mi alma se manche, ó esté en mi cuerpo, ó se aparte de él en pecado mortal : envíame la muerte y todos los males antes que permitir que yo caiga en el pecado : líbrame de todos los peligros de cuerpo y alma : por tu cuenta corro yo y todas mis cosas : alcánzame de Dios su

bendición : abrasa, Señora, mi corazón en el amor tuyo; que así por tu medio conseguiré todos los bienes que puedo desear para vivir bien y tener una buena muerte, principio de mi gloria. Amén, Jesús, María y José.

Acabada la devoción, se besa tres veces la tierra, en honra de la Santísima Señora.

SIGUEN OTROS OBSEQUIOS
Á NUESTRA SANTÍSIMA MADRE DE LA LUZ

I.

Manifestó nuestra Santísima Madre á una sierva de Dios de gran perfección que le haría un obsequio muy agradable quien cada día por la mañana y por la noche, rezando una ó tres Salves, se pusiese debajo de su patrocinio y le diese humildes gracias por los beneficios que de esta Señora había recibido y por los peligros de que por su favor había sido librado; proponiendo de purificar el alma de los pecados, si alguno hubiere, y de no cometer nunca el pecado, á lo menos mortal : y prometió la benignísima Señora á quien practicara esta devoción que le libraría de todos los peligros del

alma y del cuerpo, especialmente de todo asalto enemigo, de muerte improvisa y de temblores.

Práctica de esta devoción, que se ha de hacer por la mañana en levantándose y por la noche antes de recogerse.

ORACIÓN

SAntísima Madre Inmaculada de la Luz : Yo, N. N., postrado delante del trono de tu clemencia, y confuso por mis muchos y gravísimos pecados, con todo mi corazón los detesto, porque con ellos ofendí á tu Santísimo Hijo, Dios y Señor mío amabilísimo, á quien amo sobre todas las cosas, y estoy resuelto á morir antes que volver á ofenderle. Tú, Señora mía, dígnate de admitirme, como el más ínfimo de tus esclavos y de tus hijos, debajo del manto de tu patrocinio y en el seno dulcísimo de tu maternal amor; porque yo, Señora mía y Madre benignísima, todo me doy, me entrego y dedico á ti por siervo é hijo tuyo, ahora, siempre y por toda la eternidad, y te doy humildes gracias por los beneficios que he recibido y por los males y peligros de que he sido librado por favor de tu misericordia. Haz,

Señora mía, te ruego, por el amor que tienes á tu Santísimo Hijo, que todos mis pensamientos, palabras y obras, todas mis adversidades y trabajos, y toda mi vida y muerte, sean siempre dirigidas por tus méritos é intercesión, según el beneplácito de Dios y á su mayor gloria, á tu honor y obsequio, y en bien de mi alma. Amén.

Una ó tres Salves.

II.

Se rezarán siete Padrenuestros, y se darán humildes gracias al Espíritu Santo por los siete dones que comunicó con copiosísima abundancia á nuestra Santísima Madre; y también se rezarán siete Avemarías y siete Salves á la misma Santísima Madre, en honor y reverencia de los siete dones que recibió de este Santísimo Esposo suyo.

Este método de devoción fué aconsejado por la misma Beatísima Virgen á la misma sierva á quien manifestó la idea de su santa imagen.

Práctica de esta devoción.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

¡OH, Espíritu Santísimo, consolador de las almas y dador de todos los bienes! Postrado delante de tu divino acatamiento y humillado en el profundo de mi nada, te

doy humildes y afectuosísimas gracias por los siete dones que con inmensa abundancia comunicaste á tu Santísima Esposa la Virgen María, inmaculada Madre de la Eterna Luz, Señora y Madre nuestra; y por tributo, aunque pequeño, de mi agradecimiento, te ofrezco estos siete Padrenuestros en unión de aquella infinita alabanza y gloria con que mutuamente con el Padre é Hijo eternamente te glorificas. Amén.

Siete Padrenuestros.